

## ¿Qué es eso del espectro autista?

Por Lic. Esteban Levin

-W-

En el artículo del mes pasado analizamos el caso de Pablo, un niño de dos años que a raíz de su “retramientos”, desinters, pérdida de algunas palabras y juegos que había comenzado a realizar, fue diagnosticado rápidamente por una fonoaudiologa especialista en neurolinguistica como un niño: “compatible con el trastorno general del desarrollo dentro del espectro autista”. De acuerdo a ello se indica: a) tratamiento fonoaudiológico con orientación neurolinguistica intensiva b) tratamiento de terapia ocupacional c) terapia psicológica con orientación cognitiva-conductual d) tratamiento de estimulación sensorial para desarrollar formato de atención y acción conjunta. Al recibir este diagnostico los padres quedan muy angustiados. Preocupados y sin ningún tipo de contención se paralizan en un estado de estupor y sufrimiento. Luego de unos días anonadados por el impacto que en ellos causó el diagnostico empiezan a dudar del mismo y deciden realizar otra consulta. De esta manera, desbordados por toda esta situación los recibo en el consultorio para realizar la primera entrevista.

Este diagnóstico-pronóstico determinante “espectro autista” no considera ningún aspecto de la historia familiar, ni del contexto en cual se desarrollo la vida de Pablo. Solo tomó parámetros observables, medidas e índices para ubicar al pequeño en una categoría y a partir de allí aplicar el tratamiento correspondiente. El manual de psiquiatría americano (DSM) en sus diferentes versiones avalado por los laboratorios, determina la patología en cuestión. En el año 1997, se produjo en Estados Unidos un cambio radical, el “lobby” de los laboratorios farmacéuticos “obtuvo una gran victoria al conseguir la autorización de una publicidad directa de los medicamentos hacia el público sin pasar por los médicos, podrían de este modo dirigirse directamente a los consumidores”. De allí en más, el DSM IV se difundió y generalizó para todo el público como parte del mismo marketing, la consecuencia directa de este hecho fue que la demanda del diagnóstico creció brutalmente acompañada de la homogenización de programas especializados para cada patología diagnostica.

Actualmente, para tener acceso a distintos tratamientos por la obra social, solo es posible si el niño (sin importar edad, condiciones, contingencias y mucho menos la historia) está dentro de

los índices e indicadores del DSM. Nos encontramos con padres que con suma urgencia nos demandan, antes inclusive de conocer a su hijo, el diagnóstico, para que la “prepaga” les pague el dinero correspondiente. La demanda del diagnóstico en la infancia no tiene límites y al mismo tiempo se amplía cada vez más como lo determina el nuevo DSM V, que tantas controversias genera. Las cifras en los últimos 15 años son abrumadoras, para colocar solo un ejemplo, el número de diagnósticos de autistas ha aumentado más de un 30% y el de los niños bipolares más de un 40%. Las cifras no dejan de sorprendernos en una tendencia diagnóstica a medicalizar cualquier diferencia o deseo con respecto a una supuesta normalidad de los niños.

-X-

Retomemos el caso de Pablo, aunque nunca nos hemos apartado de él.

Con sus dos años agarra un auto el sostén del mismo es muy leve, la fragilidad denota en su rostro temor e inestabilidad. La mirada esquiva, fugitiva da cuenta de la labilidad. Hace rodar el auto, lo miro, está mas atento al movimiento que a la mirada. Apenas pronuncia tenuemente un sonido que se desprende de la inseguridad de su voz: “toto, toto” susurra, cuando lo dice su rostro se dirige al suelo, no realiza un gesto relacional continua moviendo el auto por el borde de una mesa rectangular y al llegar a uno de los ángulos gira y vuelve a retomar el mismo impulso reproductivo. De este modo ininterrumpidamente recorre la misma superficie. La disinstancia se estrecha de forma uniforme.

Esta primera escena, me conmueve el estado de fragilidad. Registro la soledad de un niño que le cuesta jugar y escenificar lo que le esta pasando ¿Cómo evaluar el sufrimiento del otro? Los espejos no responden Pablo parece no identificarse, reflejarse en el rostro del otro. Solo por momentos en esa temeridad del primer encuentro registro un atisbo de gestualidad que se pierde frente al movimiento sensorio-motor carente de representación.

La experiencia del “autototo” coincide siempre consigo mismo al reproducir una misma secuencia. Pablo existe en el “toto”, el problema justamente es que no puede desprenderse de él. En este sentido hace uso del “autototo” pero no como juguete para jugar y transformarlo transformándose en él sino como objeto que lo defiende y aísla del otro, exponiéndolo a una experiencia que al inmovilizarlo impide cualquier otro pensamiento.

En esta experiencia que no deja de repetirse con cualquier “toto” (auto) que encuentra ¿Cómo anticipar un gesto, un sujeto para que pueda venir en otro-tiempo, una experiencia diferente?, ¿Cuál es la historia familiar y afectiva que impulsa a Pablo a realizar la misma acción disgregándose en el sufrimiento que ella conlleva?.

La mamá de Pablo, luego de varios años de búsqueda, logra quedar embarazada, el nacimiento es muy bienvenido por todos. El embarazo fue de sumo riesgo ya que ella tenía esclerosis múltiple. El primer año de vida no hubo problemas y el pequeño se desarrolló sin inconvenientes. Sin embargo, al año y medio el papá, imprevistamente, se queda sin trabajo y la mamá tiene una crisis aguda producto de la propia enfermedad con lo cual tiene que estar internada tres meses y luego queda convaleciente sin poder hacerse cargo de la crianza de su hijo.

Imaginemos la situación: de un día para el otro Pablo no puede ver más a su mamá y cuando ella regresa, no puede jugar con él, ni levantarlo a upa, ni sostenerlo y tampoco cuidarlo. En esta situación permanece seis meses más, recién en ese contexto, lentamente el problema laboral del padre se encamina y la madre tras un intenso tratamiento recupera, poco a poco, la energía y predisposición para criar a su hijo. Pablo ya cumplió dos años, durante este período fue criado por sus abuelos, con ellos pasó mucho tiempo frente a la televisión y al mismo tiempo comenzó a aislarse, a decir menos palabras y a refugiarse en algunos juguete como el “autototo”. También baja sensiblemente el tono de voz y decae la postura en una tediosa hipotonía entremezclada con desazón y desgano. Claramente, el cuerpo, las actitudes y las posturas responden a una experiencia que se torna frágil, pobre y fragmentaria.

Enmarcado en este contexto y situación, la problemática de Pablo adquiere otra dimensión, otro sentido, comprensión y explicación que la del diagnóstico del espectro autista. No podemos dejar de recordar lo que enuncia Jacques Derrida acerca del espectro: “el espectro también es, entre otras cosas, aquello que uno imagina, aquello que uno cree ver y que proyecta, es una pantalla imaginaria, allí, donde no hay nada que ver”. Pablo responde a su historia, no se puede pensar lo que le pasa, ni realizar cualquier diagnóstico sin considerar la singularidad de cada experiencia. Todo ello, si no se quiere caer en la definición de enfermedad propia del siglo XVIII, cuando se planteaba: “la definición de enfermedad es la

enumeración de los síntomas que sirven para conocer su género y su especie, para distinguirlo de todos los otros”.

Cada vez que Pablo llega al consultorio busca un “autototo” y se enfrasca en el movimiento sensorio-motor que realiza con él. No mira otra cosa, queda absorbido por la acción. La sensación es que se ve lanzado a tomar el objeto- auto en un impulso irrefrenable en el cual el otro y las otras cosas parecieran no interesarle queda absorbido por el “autototo”. En este recorrido, una vez, encuentra una pequeña casita de madera y a través de una puerta entra con el “autototo”, atraviesa un borde, sale y vuelve a entrar repite sin cesar y sin ninguna variación lo mismo. Ante este hecho decido intervenir, tomo en mi mano un títere “ballena” realizo un sonido acorde, y como personaje-ballena exclamo: “¡Quiero jugar con los autos, no quiero que juegues solo, yo también quiero jugar”!.

Sorprendido Pablo detiene la acción, lo miro y con su voz como si fuera el soplo de un rumor dice: “¿Qué es eso?”. Mira la ballena y realiza un pequeño giro postural, en ese instante me mira, nuestras miradas se tocan, se encuentran en ese espacio original e intocable de la relación. Respondo: “Es una ballena, y quiere jugar con nosotros”. La sonrisa de Pablo no se hace esperar, va al auto y sigue la acción como si no hubiera pasado nada. Entonces vuelvo a personificar a la ballena, enojada ella grita: “ Ajá!, voy a jugar con los autos y la casita, me los voy a llevar” Otra vez, Pablo detiene el movimiento, la mira sonrío pero esta vez la ballena-títere agarra la casita y los autos y sale corriendo. Como Esteban digo:”no, noo, ballena, devolvé la casa, no te la lleves”.

En otras sesiones, el juego con el títere-ballena se dialectiza con otros personajes, una rana, un pájaro loco que hace travesuras y también quiere jugar. Pablo está más alegre, sonrío, me da la mano, se despide de sus papás, aparecen nuevas palabras y poco a poco recupera otras que había dejado de decir. La mirada franca interroga al adulto, siempre acompañada de una cierta tensión y entre susurros y murmullos pregunta: “¿Qué es eso?,¿Qué es eso?”.

-Y -

El “¿Qué es eso?” de Pablo no remite a una avidéz por conocer que cosa es o un porque típico de la experiencia infantil, más bien parece un interrogante sobre el deseo del adulto que vas más allá de lo que significa. Es una pregunta tendiente a ubicar el deseo del otro y desde ese

lugar requiere una respuesta, el afecto amoroso mucho más que el conocimiento de un objeto. No es un interrogante por la cosa, el “¿Qué es eso?” remite al deseo del otro y al enigma que el conlleva. Es una actitud, una postura que incluye al otro, justamente en el borde, en el límite entre estar o no en la escena. Sin embargo, el “¿Qué es eso?” deja abierta una vía, una brecha para convocar al otro, pero al mismo tiempo, lo repite, reproduciendo la tensión, escabulléndose en la pregunta, refugiándose en ella: ¿Acaso no fue ese refugio el vertiginoso límite de una pregunta sin respuesta el que Pablo encontró cuando su mamá tuvo que internarse en el hospital y durante meses no pudo verla?.

El “¿Qué es eso?” no miente, no es nunca un simulacro, es tal vez el señuelo que llama al otro demandando saber sobre el enigma de su deseo con respecto a él. Si se considera la reproducción del “¿Qué es eso?” como una estereotipia o una ecolalia, el interrogante, la demanda por el deseo del otro y el suyo cae, se pierde y se transforma inmediatamente en un estrépito anónimo, excesivo, donde el sufrimiento aparece cercenado, encerrado y etiquetado como “espectro autista”.

¿Cuándo en el espacio clínico Pablo nos interroga “¿Qué es eso?”, como respondemos a este crucial interrogante?. Consideramos que no se trata de una decodificación, ni de una interpretación, sino de que posición ocupa Pablo en el deseo del otro y como damos lugar para que él se ponga en escena.

-Z-

Pablo me da la mano y juntos vamos a la cocina, allí se encuentra una pecera, nos colocamos frente a ella, Pablo mira y exclama: “¿Qué es eso?”, lo miro, nos miramos, son peces: “Hola peces, hola ¿cómo están?”, lo saludo, al mismo tiempo cambio de voz y como si fuera pez-personaje saludo: “Hola Pablo, hola Esteban”, sorprendido Pablo exclama: “Peces, peces, peces”, los miramos y les pregunto: “Pecitos ¿tienen hambre, quieren comer?”, Pablo sonrío y a continuación tomo la comida (unas pequeñas piedritas que flotan) y al hacerlo canto una canción saludándolos a cada uno. En un instante paro de cantar y le pregunto a Pablo: “¿Querés darles de comer?, tienen muchas ganas”, sin dejar de mirarme, lentamente, extiende la mano, agarra la comida y la suelta en la pecera. Luego los señala a través de vidrio y vuelve a decir: “Peces, peces” en la complicidad gestual de lo que acontece en el “entredos” de la escena.

Durante un tiempo (en el cual la reproducción del “¿Qué es eso?” desaparece) nos mantenemos en esa zona escénica donde surgen palabras, miradas, posturas, peces que se mueven al compás de la comida, el sonido del burbujeo que nos convoca a través de una musicalidad abierta al encuentro con el otro y lo que puede pasar en la experiencia emergente.

Pablo, contento, se baja de la silla en la que se sostenía para mirar a los peces y se va para otra sala, en ella encuentra un “autototo” y comienza a moverlo sin ninguna dirección más allá que el propio movimiento sensorio motriz en si mismo. Ante esta acción, me siento frente a él y le pregunto: “¿Puedo jugar con vos?”, Pablo detiene el movimiento, me mira y me da el auto: “Gracias” respondo, tomo el auto, hago el sonido del motor y lo muevo alrededor de mi cuerpo. Él no deja de mirar lo que hago con el “autototo”. Dice: “Toto”, “Toto”, “Toto”, reacciono y exclamo: “Toto, ¿Por donde vas, que querés hacer?”, a continuación reanudo con más fuerza e intensidad el ruido del auto que comienza a recorrer mi pierna, sube por ella hasta el brazo, el cuello, la cabeza, el pelo, Pablo expectante, atrapado por el sonido del motor y por el recorrido sonrío, mira la escena, sin duda es parte y está en ella.

El “autototo” que estaba en el pelo, baja por el otro lado del cuello y en ese segundo se mete dentro de la remera, se escucha la tonalidad del motor, pero ya no se ve, ha desaparecido a la vista, los ojos de Pablo y Esteban no alcanzan a verlo, está escondido tras la remera.

El “autototo” desapareció, Pablo levanta la mirada que sorprendida se había desprendido del toto. Nos encontramos mirándonos, interrogándonos por donde estaría el “autototo”, para donde había corrido. Sin dejar de mirarme, con una afirmación interrogativa Pablo exclama: “No está”. Confirmando la ausencia: “No está”, él repite: “No está”, respondo: “Te vamos a buscar toto”, ante ello, él extiende el brazo y con la mano toca la remera, la mueve hasta que cae el “autototo” y dice sonriente: “Acá está”, “Si lo encontraste” afirmo en el diálogo escénico que construimos.

-A-

La escena se vuelve a repetir de diferentes maneras, el “autototo” se esconde entre la ropa, detrás de la espalda, en el pelo. Así se crea la ausencia en la escena. Pablo afirma: “No está” y al aparecer de nuevo, se juega la alternancia entre la presencia y la ausencia, la alteridad y apertura de nuevos sentidos hasta ese momento inexplorados.

La ausencia del “autototo” (no está) pone en escena la curiosidad y el enigma, cuando vuelve a aparecer (acá está) se produce una diferencia, el “autototo” ya no es el mismo, el sentido es otro, lo que permite que se pueda transformar su funcionamiento. Para Pablo, el “autototo” funcionaba como una huella imborrable, inamovible, clausurando cualquier otra escena sosteniéndose en una permanente presencia constante, llena de goce. Cualquier cosa con cuatro ruedas inalterablemente cumplía la finalidad de refugio, defensa y encierro. En este estado, con el “autototo” no podía jugar, ni hacer de cuenta que fuera otra cosa.

A través de la experiencia clínica realizada con Pablo, en el juego escénico sostenido en el lazo afectivo del “entredos transferencial”, el “autototo” puede existir en la ausencia y en el momento en el que “no está” sigue estando, en tanto memoria activa y viva, como representación. La posibilidad que se constituya como memoria implica que se ha inscripto en tanto huella de una experiencia sustentada en el placer de la realización y la repetición significativa. En este sentido, la memoria no está determinada de antemano, no tiene a priori, es un recuerdo de lo porvenir e implica la repetición de la diferencia, de una ausencia (el “autototo”) que comienza a funcionar como huella.

Recordemos que la condición de una huella es el borramiento de su propia presencia, es decir la ausencia. Justamente la gran dificultad de Pablo era que el “autototo” no podía borrarse para construirse en huella, en la inscripción de un trazo, que en tan total, produce la plasticidad simbólica y neuronal. Entre la herencia neuromotriz y la simbólica se juega la experiencia que se inscribe como huella (psíquica y sináptica) y deviene acontecimiento estructurante de un sujeto.

**-B-**

Concluimos, no hay posibilidad de pensar la memoria y la estructuración subjetiva sin la repetición de una experiencia que se abre y relaciona con el campo del Otro, donde un niño constituye su imagen corporal y enlaza al cuerpo una huella, que se inscribe como representación de una ausencia, de un futuro recuerdo por venir.

Por este camino, el espacio clínico, el trabajo interdisciplinario, junto con la escuela y los padres, podrá donarle a Pablo la posibilidad de inscribir un acontecimiento abierto a la plasticidad para que la experiencia comience a repetirse en la diferencia y ya no en la pura

identidad del “autototo”. Tras de si a quedado inscripta la huella de una escena, que en tanto tal, se ha perdido para que emerja un nuevo escenario, donde Pablo ya no necesita reproducir el “¿Qué es eso?” ¿Qué es eso?, el ya ha encontrado en el otro la posibilidad de la respuesta, pero para ello, tendrá que dejar de existir el nefasto diagnóstico de “espectro autista”. Tal vez, el “¿Qué es eso?”, fue la única respuesta que Pablo podía dar frente a semejante etiqueta.

-C-

Pablo, un niño de dos años, se tensiona en el cuerpo, alterado entre susurros y murmullos la postura reacciona, levemente repite: “¿Qué es eso?...¿Que es eso?”. Tal vez, Julio Cortázar ensaye una probable respuesta al decir : “Todo adulto es hipócrita frente a una parte de su niñez...En todo caso, creo que un mundo sin miedo, sería un mundo demasiado seguro de si mismo, demasiado mecánico. Desconfío de los que afirman no haber tenido nunca miedo; o mienten, o son robots disimulados, y hay que ver el miedo que me dan a mi los robots”.

**Lic. Esteban Levin**

*Lic. Esteban Levin es psicomotricista, psicólogo (psicoanalista), profesor de Educación Física, Director de la Escuela de Formación en Clínica Psicomotriz, Docente de la Facultad de Psicología (UBA), Profesor de la Universidad de Barcelona del Master de Psicomotricidad Terapéutica, Profesor de la Universidad Federal de Fortaleza (Brasil).*